Mies de Revistas Literaria

AGOSTO **1946**

Caminar sobre las hojas volanderas de las revistas literarias es tan bonito y tan inseguro como caminar sobre las hojas caídas en los parques. Una senda incierta y borrosa. Con destino efímero, a su entusiasmo inicial le aguarda siempre un inevitable otoño de olvido y el viento de los años las desordena y esparce, tornándolas rebeldes a todo rigor de clasificación. Los que nos sentimos inclinados a este vano empeño, casi de entomólogo —todos los coleccionistas tienen algo de entomólogos—, conocemos los sinsabores del número inhallable, del cuaderno sin fecha, del tomo incompleto o de la pista perdida, no sabe uno si por desánimo editorial o por propio fracaso de búsqueda.

Por eso uno acepta el encargo de La Estafeta a sabiendas de las particulares limitaciones, y confeso de insalvables fallos, extiende la mano dispuesta al palmetazo por tal o cual omisión, tal o cual atribución errada, bien que ni unas ni otras sean adrede, que mucho quisiera uno dar sólo en el clavo.

LA PRIMERA EPOCA

La primera ficha que poseo de las revistas literarias contemporáneas —llamemos así a lo que va de siglo— en Tierra de Campos data de 1919, y aun podemos decir que, sobre ser la primera cronológicamente, de las primeras es también en importancia.

La *Revista Castellana*, que había comenzado a publicarse hacia el año de la gran guerra, tuvo por director a don Narciso Alonso Cortés, ya maestro, como lo fué durante muchos años más de sucesivas generaciones. «Literatura, historia, ciencias, arte» era su lema. «Esta revista —añadía— se publica en cuadernos mensuales de 24 o más páginas en cuarto, que forman anualmente un tomo de 280 páginas por lo menos.» Obsérvese el escrúpulo con que, sin querer cogerse los dedos, se garantizaba a los suscriptores una entrega nutrida. No era para menos, que éstos debían anticipar por la suscripción del semestre la dispendiosa suma de tres pesetas con cincuenta céntimos. Catorce reales —el sueldo de una muchacha de servir por entonces, según los sainetes costumbristas— gastados en literatura, historia, ciencias y arte. Hoy nos sonreímos, pero es posible que, así y todo, no le faltasen las consabidas estrecheces económicas de toda publicación semejante.

Se trata de una revista sobria y cuidada en lo formal; seria y escogida en su contenido. Una revista *clásica*, pese al gusto posromántico de algunos de sus colaboradores. Clasificaríamos éstos en: *eruditos*, como Juan Agapito y Revilla, Aurelio Baig Baños, Cristóbal Espejo, Vicente García de Diego y el propio don Narciso, que puede incorporarse a los colaboradores *críticos*, con Eugenio Mele, César Moreno García, José Nieto Zurita y Narciso Díaz de Escobar, concretado a temas teatrales. Como *narradores*, H. García Luego y Luis G. Manegat. *Folkloristas*, Domingo Hergueta y Carlos Rodríguez Díaz. *Historiadores*, Enrique Montenegro y José A. Yaque. *Traductores*, Estelrich y el padre Olmedo. Y entre los poetas..., he aquí el hallazgo que sus páginas nos trajeron: un joven santanderino, con muy poco más de veinte años, que escribía, en un poema titulado *Vocación*, versos como éstos:

«Y tener que decir lo indecible
y embutirlo en el guante del verso.»

¿No encontramos que esta imagen es muy *gerardiana?* El joven poeta era, en efecto, Gerardo Diego, discípulo de Alonso Cortés poco antes. Como también lo era un adolescente muy entrañado en Tierra de Campos, nada menos que en Villabrágima, allá por la cuenca del Sequillo: Lope Mateo. Su profesor trajo a estas columnas versos que iban a integrarse más adelante en el primer libro del poeta castellano.

Con ellos, poesías de Fernando Allúe —otro poeta amigo y frecuentador de las revistas más recientes—, y de nombres que cambiaron pronto la seda del verso por el percal de la prosa —si no se toma a mal la comparanza—: Francisco de Cossio y F. Maldonado.

La *Revista Castellana* no dió la espalda a la literatura de otras regiones: ahí está la firma de L. G. Manegat y la reseña de libros en catalán y de poesías en el mismo idioma. Tampoco olvidó la literatura hispanoamericana. Probablemente fué una de las mejores revistas puramente literarias de su tiempo.

Otras publicaciones que hemos de considerar menores aparecieron por los años 20: *Castilla Nueva* —1919—, *Juventud* —1921—, *Pluma y Lápiz* —1922—, *Esperanzas* —1922—, *Castilla la Vieja* —1923— o *Tierra de Campos* —1922—, de Medina de Rioseco. A los nombres de los escritores citados habrá que añadir los de Zacarías Ylera, Fernando de l'Api, Pedro Gobernado, o el del inteligente profesor don Andrés Torre Ruiz.

LAS REVISTAS ESCOLARES

Por otra parte, la vida estudiantil de la región —y la de otras regiones próximas— se centra en la Universidad vallisoletana, y la juventud universitaria ha animado siempre un género específico de publicaciones, ya espontáneas, ya ahormadas por la vigilancia oficial o particular. Con las naturales diferencias de épocas, hay un cierto parecido entre *Heraldo Escolar* o *Universidad*, y *Valor y Fe*, *Santa Cruz* o *Cisne*. El arranque inicial es el mismo; la realización, claro, difiere, porque tampoco son idénticos un estudiante de 1920 y otro de 1960.

Heraldo Escolar nació el 26 de noviembre de 1921, y no llegó a cumplir el año. Fué semanal. Apareció por última vez el 13 de mayo de 1922. Entre sus más destacados redactores estaban los estudiantes Lope Mateo —que iniciaba sus éxitos juveniles—, Leopoldo Cortejoso y Diego Pombo. Versos, cuentos, comentarios y anécdotas escolares. Pero entre todo ello un fondo de problema irresuelto en la enseñanza española: el de los exámenes, por tantas razones antipedagógicos, problema que seguimos discutiendo hoy desde la prensa, como entonces se hacía desde estas páginas, por ejemplo, en un trabajo firmado por Leandro Pérez, glosando el artículo «O educación o exámenes», de don Francisco Giner de los Ríos.

Al *Heraldo Escolar* le sustituyó *Universidad*. En su redacción, casi los mismos nombres. Pero el año transcurrido fué provechoso para aquellos jóvenes, porque la revista supera a la anterior. Aparecen otras firmas, como la de Allúe y Morer, con traducciones francesas, y la de González-Ruano, redactor en Madrid. Se publican poemas hispanoamericanos y se presenta a Gerardo Diego como «uno de los más capacitados defensores del movimiento ultraísta» —estamos en 1923—, publicando el poema *Primavera*, dedicado a Melchor F. Almagro.

Años más tarde surgiría otra revista estudiantil, menos espontánea en el sentido de que fué órgano de las Congregaciones de Padres Jesuitas: *Valor y Fe*. La diferencia está, precisamente, en esa mayor conformación, en ese transparentar la dirección espiritual A. M. D. G.

Valor y Fe tuvo sus comienzos poco antes del año 1930. Ofrece una segunda etapa con su momento más juvenil —infantil casi—, que fué el de dedicación literaria más pura. Estudiantes de quince o dieciséis años publicaron allí sus primeros bocetos. Entre ellos, Luis López Anglada —que figuró una temporada como director—, Manuel Alonso Alcalde y quien esto firma. En sus páginas de entonces queda la huella de un viejo jesuita cargado de bondad, el padre Nazario Pérez, cuyo nombre recordarán con agrado cuantos oyeron sus charlas literarias.

La época posterior a la guerra civil se desarrolló por los años 40, y el tono se hizo más polémico. La

le Tierra de Campos

LEOPOLDO DE LUIS

parte religiosa y apologética destaca más que las restantes secciones, y en las de índole literaria los comentarios son, con frecuencia, reticentes. Pero tampoco es cosa de extrañarse por cierta parcialidad. El pequeño formato primitivo fué creciendo, más la tipografía de toda la última etapa no perdió su aire provinciano —sin ofensa para las provincias, donde también se puede imprimir con buen gusto.

Múltiples folletos escolares de esta traza habrán aparecido antes y ahora. Sería inacabable el trabajo de dar con ellos. Pero en la misma línea escolar poseo otras dos fichas de mayor importancia. Sello universitario y buen empaque: *Santa Cruz* y *Cisne*.

Casi jóvenes: *Santa Cruz* nació con el curso 1945-1946, acogida a los claustros del Colegio Mayor Felipe II. Un número por curso, casi un libro. Y un libro lujoso. Para las estrecheces de la época —escasez de papel, falta de materias primas, racionamiento—, insultantemente lujoso. Gratiniano Nieto Gallo proclamaba los propósitos desde la página preliminar: «Recoger y reflejar la vida del Colegio y ser portadora de las inquietudes y preocupaciones de aquellos que piensan y reflexionan sobre el acontecer histórico, para recoger en sus páginas el ensayo, intrascendente unas veces y lleno de insinuaciones y contenido otras; para adornarse con las atrevidas imágenes de algún poeta soñador o de algún filósofo inspirado, y para ser un exponente, y éste es su móvil principal, de la manera de pensar, de escribir y de ser de los estudiantes de hoy, que, en calidad de residentes o de adscritos, se agrupan en torno al Colegio.» La revista estaba demasiado preconcebida para que esos propósitos se cumpliesen en su integridad. Sus secciones fijas fueron «El pensar de los maestros», «Ensayos de juventud», «Musas inquietas», «Temas del Colegio», «Vida universitaria». Los catedráticos Mergelina, Pérez Villanueva, Serrano, Del Rosal, Ruiz Peña, Laín Entralgo, Royo Villanova, etc., figuran en sus cuadros de honor.

EUROPA DESDE MAS CERCA

Por Luis Martín Santos

Vivimos en una época en que Europa tiene una palpitante conciencia de sí misma. Después de un inmenso aprendizaje que viene desde el Renacimiento, por fin, Europa palpa su propia carne en vivo. El aprendizaje no ha consistido en captar nuevas ideas, sino precisamente en desprenderse de las viejas, porque en este caso, como en otros muchos, ha sido el máximo de pensamiento el que no nos permitía sino el mínimo de ser. Han sido dos grandes estilos de pensar los que nos han privado de la visión perfecta de nuestra Europa real. La manera cartesiana de contemplar el universo como un mecanismo físico, ha sido una de ellas; la razón matemática regía los fenómenos de la naturaleza y la misma razón más impurificada, pero razón al fin, regía la vida del hombre. El iluminismo y Hegel describieron el fantástico cuadro de una Europa donde la razón brillaba más puramente que en cualquier otra parte. Cuando las últimas sombras huidizas abandonaran el continente, Europa llegaría a funcionar como un perfecto mecanismo, un reloj racionalmente que no padecería ningún trastorno o desarmonía.

El modo biológico de pensar, otro de los modos aludidos, nos dió una imagen no de menos hiperbólica exultación. Europa era la madurez de la libertad. Michelet nos habla por primera vez de un levantar la cabeza de la humanidad, siguiendo el curso del sol.

Desde las tierras calientes de la India, donde los vapores húmedos y pesados matan el espíritu en el hombre, y pasando por los páramos de Persia, donde el espíritu comienza su cósmico bostezo del despertar, hasta la articulada Europa, donde ve Michelet la cabeza del mundo, Francia, portavoz de la libertad, un cuadro de apoteosis presentaba la libertad de Europa sobre la milenaria esclavitud de la humanidad.

Pero es necesario confesar que Europa no se encontró jamás a sí misma en esas ciclópeas construcciones del pensamiento. Le hubiera gustado ser esas cosas tan simples y tremendas, pero en cada crisis despertaba de una orgía de intelectuales, encontrándose, si no desnuda, al menos disfrazada.

Por ello, el aprendizaje de Europa ha sido un progresivo desvestirse. Los fisicos de Europa, lo mismo que los evolucionistas, tuvieron su misión, pues fueron los que ocasionaron la conciencia de disfraz e hicieron que nuestras desilusiones intelectuales fueran siempre la conquista de un nuevo peldaño.

En este continuo podar, la lujuria del follaje intelectual que invade a Europa con las oscilaciones del péndulo histórico, hemos llegado esta vez muy cerca de la desnudez. No hay nada que temer por ello. Al contrario, sólo así se puede alcanzar aquello para lo que se necesita un inmenso saber olvidado: la espontaneidad. Una afirmación de Weber: Conservar la espontaneidad dentro del marco del acondicionamiento histórico «podría ser la máxima a realizar en el futuro de Europa».

Definición de Europa

El hundimiento de las grandes concepciones al par que exclusivistas de la libertad y de la razón y el fracaso de los sistemas correspondientes: democracia y cesarismo, ha dejado a Europa cerca de su desnudez primitiva, le ha convertido en algo que se vive y sobre lo cual podemos proyectar nuestra existencia amenazada. A la idea perenne ha sustituido el dato concreto y la experiencia contingente. Europa ha dejado de ser una teoría para convertirse en pálpito artístico.

Pero el europeo no ha dejado nunca el hecho «en bruto», sin elaborar, y no tardará —ya se insinua— un gran movimiento conceptuador que dará otra interpretación más ajustada de la esencia de Europa. Lo que desde luego puede asegurarse es que el nuevo

(Pasa a la página siguiente)

Una cosa se echaba de menos en revista de tanta pretensión intelectual: la crítica de libros. Alguna breve nota esporádica y amistosa no puede considerarse como tal.

Avance de poesía fué un anejo de *Santa Cruz*, realizado por el poeta Arcadio Pardo desde febrero de 1948.

También con respaldo oficial cuenta Valladolid con otra revista universitaria: *Cisne*, del S. E. U., iniciada en la década del 50. Tras una etapa de 28 números (abril de 1959), ha reaparecido en el corriente año «limpio, armonioso, equilibrado, pero lleno de fuerza simbólica y guerrera», al decir de su artículo de fondo.

Fué siempre *Cisne* una revista de cara amplia y alegre, semejante exteriormente a esta ESTAFETA. Rafael Andréu de la Cruz, Carlos Campoy García, Jaime Redondo, Francisco Valls, María del Pilar Rubio anduvieron a vueltas con las riendas *seuistas*, como hoy lo hace M. A. Leguineche. Digamos en honor de este último que sus actuales apariciones son una superación. La revista está movida y bien compuesta. Parece más ágil y libre que antes, aunque en las salidas anteriores se dió un número excelente: el 27. De aquella época son un buen artículo de gratitud a Ortega («le damos las gracias como si nos hubiera puesto una buena nota») unas narraciones de Daniel Sueiro, de Santiago Melero, de Delibes —requerido por todas las publicaciones locales—; una sección poética —pensamos que al cuidado del padre Jesús Tomé—, por la que pasan nombres como los de María Beneyto y Ramón de Garciasol. Y unas declaraciones de Camilo José Cela, buídas y con buen desplante, conforme le va al estilo del gran escritor, en las que vapulea un poco el conformismo de la juventud actual. De alguna parte de esa juventud, en efecto, como no deja de acusarlo el tono general de estas publicaciones universitarias, seamos sinceros.

Cree uno ver el asomo de temas más palpitantes en los últimos números de *Cisne*. Problemas de los que están al rojo: la Universidad, la Banca, el cine. Interpretaciones bien vistas de esos fenómenos sociales y juveniles que se llaman «twist» o «madison», esas danzas donde parece que se busca la soledad, la honda y trágica soledad del individual existir.

OTRAS REVISTAS LITERARIAS

Será cosa de volver a las revistas más puramente literarias. Dos nombres se vinculan a estos quehaceres, desde los límites de los años 30. Los nombres de dos poetas que no han abandonado nunca su ciudad, fieles a la tierra y a la poesía: José María Luelmo y Francisco Pino.

El «papel de literatura» titulado *Meseta* desdobló sus páginas por primera vez en enero de 1928. Cuatro números y emigración a otra zona de Castilla: Segovia, donde aparecieron otros dos. Abril de 1929. Luelmo y Pino insisten: una fugaz empresa, con el título *DDOOSS*, en 1931. Y reinciden: *A la nueva ventura*, bajo el lema de «Amistad, poesía», en 1934, con cuatro números desde la primavera al otoño.

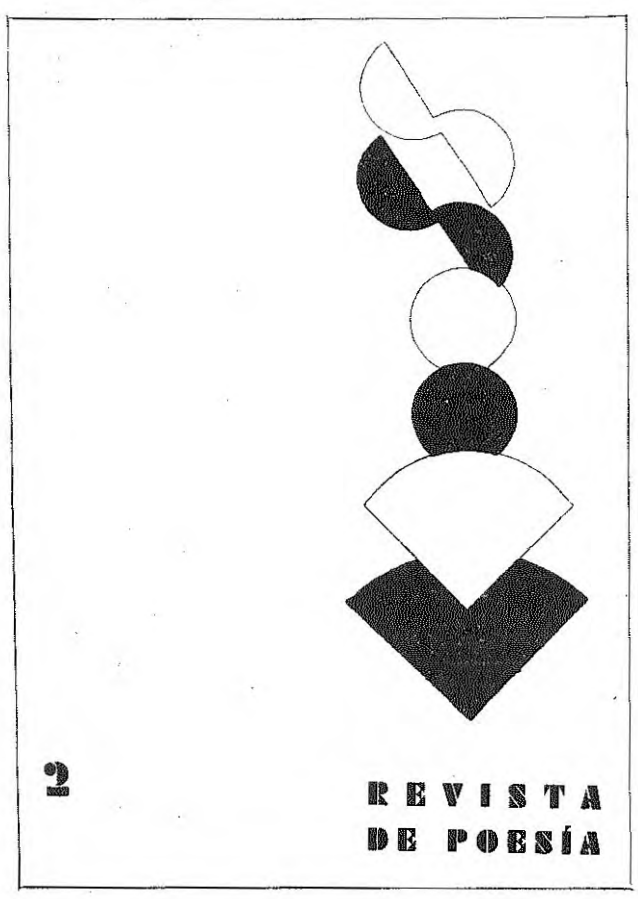
Eran las épocas en que Jorge Guillén adquiría magisterio indiscutible y *Cántico* alcanzaba resonancias amplísimas. En 1928 había salido la primera edición, en la *Revista de Occidente*, y en 1936 iba a salir la segunda, en *Cruz y Raya*.

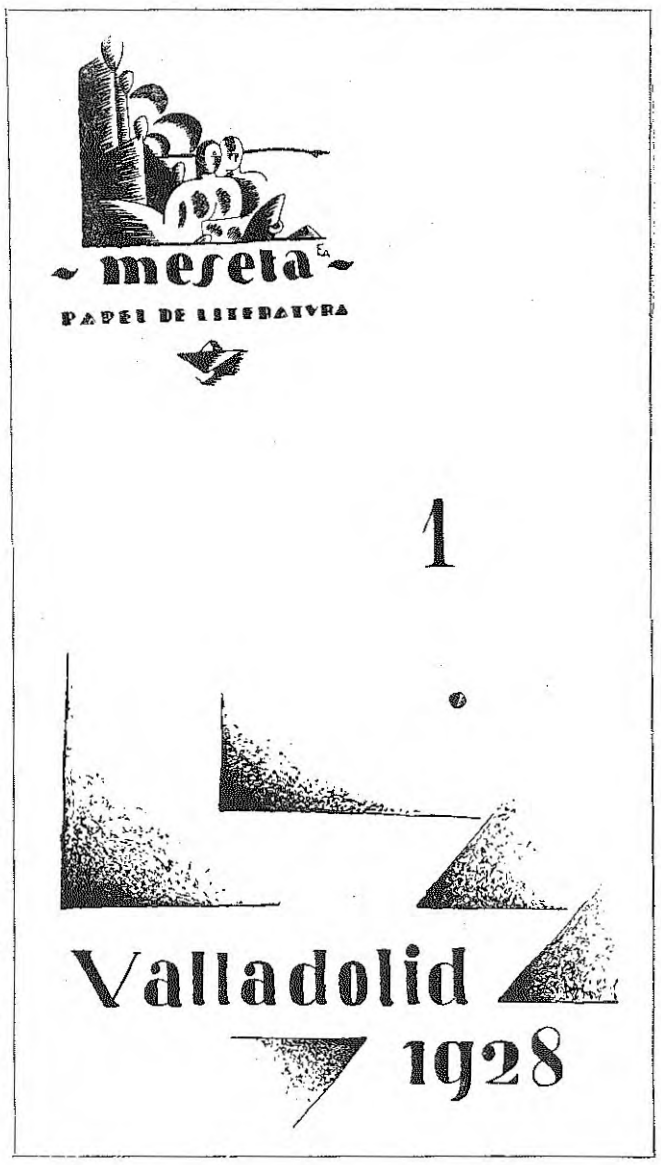
Meseta era una de las más bonitas revistas de poesía de entonces. Si en sus días fué un espejo que seguramente asombró —cualquiera que fuera el gesto que pusiesen los lectores— con la nueva imagen de una poética juvenil, hoy el espejo, inmovilizadas sus superficies, se torna cuadro fidelísimo de una de nuestras más interesantes épocas literarias. Poseer *Meseta* hoy es un pequeño tesoro; releerla, un encanto. Siete nombres hicieron posible la aventura y es justo que todos reciban su honor: Francisco Martín Gómez, Ramón G. Ribot, Luciano de la Calzada, Luelmo, Pino, José Arroyo y Eduardo Arias. Los cinco primeros publicaron poemas; el último dibujó. Otros poetas nacidos en la tierra que le da nombre son Fernando Allúe, Lope Mateo y, naturalmente, el gran Jorge Guillén. También el profesor Andrés Torre Ruiz. Pero un síntoma más de cómo la revista respondía al concepto poético de su tiempo, es la extravasación de localismos. Nada de anécdota inmediata y doméstica. El mayor número de colaboradores es andaluz —primacía andaluza indiscutible en la generación—: Alberti, Cernuda, Altolaguirre, Laffón, Rafael Porlán, Alejandro Collantes, Adriano del Valle, Fernando Villalón... Aquí aparecieron *Playera*, de Alberti; sus *Chuflillas* y otros poemas de *El Alba del Alhelí*. Aquí, aquel delicioso romance de don Juan Fermín de Plateros, el que bajaba la sierra en su jaca por los octosílabos de Villalón. Aquí, el ultraísmo de garbo peculiar de los *Hidroplanos*, de Adriano del Valle, y los breves poemas para *Las Islas invitadas*, de Altolaguirre.

No podía faltar a la cita aquel poeta santanderino que ya conocían los lectores vallisoletanos por sus poemas juveniles de diez años atrás en la *Revista Castellana*, Gerardo Diego, cabeza de grupo en los inquietos *ismos* que prosperaban. Pero tampoco faltaron otros, como Del Río Sáinz, Alfaro, Ximénez de Sandoval, Vela de la Huerta, José María Quiroga Pla, Rogelio Buendía, Eduardo Ontañón. Incluso nos tropezamos con poemas de firmas consagradas luego en otros géneros, como la de Rosa Chacel.

Para completar el cuadro, he aquí otros colaboradores representativos de la época: Benjamín Jarnés, José Bergamín, Teófilo Ortega, César M. Arconada, Antonio Espina, Jiménez Caballero.

Nos hace gracia hoy leer la prosa funambulesca de Alfredo Marquerie sobre el «Metro». Porque era un «Metro» con asientos de paja, como de perpetuo verano, y con bancos en el andén, donde silenciosos y meditativos señores —¿«Azorín»?— se sentaban a mirar vagamente el paso de los trenes. ¿Qué dirían de ese «Metro» los viajeros actuales de las horas punta? «En la jaula de cristal canta el pájaro mecánico del billetaje que pone huevos cubistas.» El ultraísmo y la greguería traen de cabeza a las plumas juveniles. (Pero recordemos que treinta años





más tarde, hoy mismo, algún poeta ha vuelto a emplear imágenes semejantes para aludir al propio tema del «Metro», aunque otros le hayan dado la trascendencia humana, y hasta social, que requiere una poesía superadora de meros esteticismos.)

Sí, entre las cartulinas de un gris áspero —como la tierra— de *Meseta* se guarda el respirar poético de una gran generación. Los libros que sus líneas finales anotan pueden ser, por ejemplo, de José María Hinojosa; las conferencias comentadas de José María Cossío, glosando la obra de Lorca, de Alberti, de Gerardo. Sólo ocho páginas; sólo seis números. Delgada y breve, como un poema de Guillén, *Meseta* es nada menos que pieza en la historia de un momento imperecedero de la poesía española. Unos poetas que no eran propiamente del grupo generacional del 25, sino algo más jóvenes, supieron poner en juego el impulso de su vocación y de su entusiasmo.

Los dos últimos números, aparecidos desde Segovia, no dimitieron de su calidad de «revista vallisoletana». En ellos se incorporaron algunos nuevos nombres, todos ellos conocidos hoy en diversas esferas de las letras: Carmen Conde, Miguel Pérez Ferrero, Luis Alvarez Piñer, Francisco Ayala, Mariano Grau, Esteban Salazar Chapela. Lo mismo acontece con los jóvenes Alejandro Casona, José María Souvirón, José Antonio Maravall o Muñoz Rojas, que pasan a colaborar, dos años después, en la nueva empresa lírica de Luelmo y Pino.

Si en *DDOOSS* nos parece que prepondera el aire neopopularista, en *A la nueva ventura* se nos antoja ver mayor aportación superrealista, especialmente en las colaboraciones de Francisco Pino, en prosa —el curioso poema *Un poco de lienzo blanco*—, o en verso —*Vidrio cerca, Cárcel de hálitos*—. El número primero de *A la nueva ventura* es el más interesante, aunque sea el más modesto de formato. Poemas de los dos directores rinden homenaje a los comuneros de Castilla, y Pino redacta notas bibliográficas —sobre libros de Seral y Casas, de Pérez Clotet, etc.—, que son, a su vez, como breves poemas. Otros dos colaboradores amigos que nos saludan desde aquellas ya lejanas páginas son Enrique Azcoaga y Gutiérrez Albelo.

LA POSGUERRA

Cuando la guerra civil cesó en armas, todas aquellas muestras poéticas no eran ya «sino verduras de las eras». Pero mientras los ríos van a dar en la mar, cruzan espejando paisajes, de fuera o de dentro del alma, y esos espejos son la poesía, de la que el hombre necesita en todas las épocas, por malas que sean —y aún más cuanto peores—, en las cuevas de Altamira o en los *Sputniks* hacia la Luna. Como estas notas no son un índice estadístico ni un acta de notario, no puedo precisar con exactitud quién recobra primero el hilo de las publicaciones literarias por los antiguos *Campi Gothorum*. Porque si en 1941 apareció *Cancionero* —sin pasar del segundo número—, hecho también por el vallisoletano Luelmo, con Martín Alonso y Julio Gómez de la Serna, su sede estuvo en Madrid. Probablemente la primacía corresponde a otra revista vallisoletana: *Halcón*, en noviembre de 1945, seguida de la palentina *Nubis*, en septiembre del año inmediato.

Halcón se inspiró un poco, para su formato, en *Garcilaso*, aunque nunca consiguió igualar la calidad tipográfica del modelo. Fué una revista simpática, abierta. Todos los poetas jóvenes que por entonces publicaban se asomaron a ella. No desmentía la cordialidad y la simpatía exultante de Luis López Anglada, que la dirigió. A su lado, tres nombres frecuentes en el quehacer literario de la región: Miguel Delibes, Arcadio Pardo, Manuel Alonso Alcalde.

No se puede hablar de *Halcón* sin encomiar la ayuda que le prestaba el poeta y profesor Fernando González. Sus artículos críticos sobre las obras poéticas de aquellos años destacan en una época de penuria en el género. Con lealtad estimable, la revista dedicó un número de homenaje al maestro Alonso Cortés. No habrá hombre de letras en Valladolid que no le deba algo. Los escritores de *Halcón* se reconocen sus discípulos agradecidos.

Otro tanto que bien puede apuntarse la revista vallisoletana es haber sido la primera que publicó unos poemas póstumos de Miguel Hernández. Entre ellos, las estremecedoras *Nanas de la cebolla*. Acababan de cumplirse cuatro años de la muerte del inolvidable poeta.

Podría decirse que *Halcón* dejó de existir en el redondo número 12, el verano de 1946. Pero el halcón fué fénix por una sola vez, tres años más adelante. Ese número 13 se imprimió, para complicación de los coleccionistas, en formato distinto, algo más grande. En él hallamos dos nombres de poetas palentinos, jóvenes, relacionados con la revista *Nubis*: José María Fernández Nieto y Gabino Alejandro Carriedo. Carriedo había de cambiar mucho su voz. El romántico poema *Soledad*, publicado en las páginas de *Halcón*, anticipa poco respecto del poeta que cuaja en sus libros. Parece que sus balbuceos se iniciaron en la revista de su ciudad, como los de Fernández Nieto, Santiago Amón y Julián Díaz Durán.

Río y atalaya de la cultura campeaba —un poco pomposamente— en la cabecera de *Nubis*. No acertó con la confección. Insertaba fotografías —buenas— y dibujos —malos—. Se asomó a temas muy varios, que reflejaban la inquietud intelectual de sus redactores. Temas de la cultura europea, de las imbricaciones del arte y las letras con la política, de la formación de la juventud. Trabajos sobre escritores extranjeros. Libros. Temas también locales. Luis Martín Santos, José María Lana-Díaz, Mariano del Mazo, Constantino Láscaris, Salvador Mañero, Manuel Alonso García, Pilar Rojo del Nozal, José Luis Pérez Curieses son los nombres más visibles con los ya citados. También ha publicado el poeta Roque Nieto Peña, que desde Puerto Rico escribe con impregnación nostálgica de su *Palencia de Castilla*.

Como tantas otras, *Nubis se guadianizó*. De 1951 a 1957, con algunas modificaciones externas, pero manteniendo su buena raya intelectual.

Si *Nubis* reunió un grupo de variado quehacer, *Rocamador* se limitó —y se limita— a la poesía. Su permanencia a lo largo de estos ocho años —la primera salida data de enero de 1955— abona la constancia de Fernández Nieto. También la de Marcelino García Velasco, joven poeta, que le auxilia en la tarea, bien sabemos que ingrata, de mantener una publicación poética contra el viento y la marea de los días y de las indiferencias e incompresiones. La empresa no es localista. Como en *Halcón*, sus puertas están abiertas para todos los poetas jóvenes. Los vemos de diferentes regiones, de diversas edades, algunos con la prisa balbuciente y emocionada de sus primeros versos. Gustos y tendencias dispares. Leemos los poemas con que se daba a conocer Rafael Melero, muerto el verano pasado, aún joven. Por primera vez se nos descubre también la poesía de Juan José Cuadros.

Es *Rocamador*, de cuantas revistas menciono, la única en pie sobre las duras y secas llanadas de la Tierra de Campos. Poéticamente es una revista más en el mapa literario de España. Pero se singulariza por la serie de artículos que sus directores han ido poniendo al frente de cada número, y que si no siempre —es lógico— nos han convencido, en todo caso nos han interesado como una opinión meditada sobre el hecho poético y sus derivaciones.

Ya dije antes que no pretendo un censo y que me limito a desplegar el fichero de mis lecturas, hecho con afición de lector y de coleccionista, pero sin pretensiones de exactitud bibliográfica. Habrá otros títulos, no lo pongo en duda. Yo mismo podría añadir algunos, tales como *Ideas*, *Mesa redonda*, *Vallisoletana*, *Papeles anónimos*, *Pliegos de cordel* —por cierto, los editores de estos dos últimos publicaron un interesante trabajo de interpretación de poesía castellana y andaluza, a través del paisaje, y una nómina de escritores vallisoletanos—. Pero no he podido seguir las apariciones de todos estos brotes literarios. Sospecho que aquellas publicaciones, cuyos títulos desconozco, debieron de tener poca trascendencia. De toda suerte, su omisión será una laguna que ojalá no resulte demasiado grave en este panorama literario de la región compuesta por Palencia y Valladolid. Los otros pequeños enclaves no justifican la inclusión de sus capitales de provincia. Porque León, por ejemplo, es otra cosa. Un factor geográfico: la montaña, y un factor social: la minería, contribuyen a la diferencia. Las regiones naturales son realidades vivas y no las divisiones artificiales que se crearon en el siglo XIX imitando a la Administración francesa. Por eso he limitado estos comentarios a Palencia y a Valladolid, y ya hemos visto que la actividad se intensifica en esta última, como natural consecuencia de su bullir universitario.

Aún cabría examinar otro aspecto —para mí acaso el más importante hoy por hoy— en este panorama, como en cualquier otro, de publicaciones literarias. Y es su inserción en la circunstancia epocal. Lo que diríamos su *historicismo*. Sería curioso observar cómo si en algunas revistas repercuten los hechos políticos y sociales de su momento es en las fechadas alrededor del año 20, y con preferencia, en las universitarias. Andando los años, a través de los de la Dictadura, se va perfilando la imagen de una literatura despegada de todo acontecer histórico. Se inicia el gusto del arte por el arte y de su deshumanización. Preponderan las revistas de poesía pura y, por ende, las más cuidadas y de mayor perfección estética. (En este punto tendríamos que detenernos a considerar en qué manera los *ismos*, o más bien algunos de ellos, contribuyeron desde su subversión a una revolución de tipo espiritual, que, no cabe duda, hizo una útil operación de limpieza en la literatura.) Las primeras revistas de posguerra flotan exentas, y como si su contorno vital fuese un mundo paradisíaco. Si algún problema urgente, inmediato, temporal, se alude, es a través de una voz rectora. A las de los últimos años se asoman algunos colaboradores, sobre todo poetas, en cuyos trabajos los temas, las fuentes de inspiración o el tono revelan una actitud solidaria, una toma de contacto con la realidad de su tiempo.

Pero semejante análisis y sus consiguientes deducciones críticas, a más de llevarnos muy lejos, se desmarcaría de la mera exposición que he querido hacer.